

OUTLAWED

M. J. NAVARRO



AKANE
EDITORIAL



OUTLAWED

M. J. NAVARRO

AKANE
EDITORIAL

Para vosotras, que creísteis en mis sueños más que yo misma,
y que lucháis por los vuestros cada día.
Esta es la prueba de que se cumplen.

*And here's to the fools who dream,
Crazy as they may seem
—Audition, La La Land*



—Sí, sí, sí... Pues no sé, espero que acabe pronto, porque estas cosas son un coñazo... Sí, si ves que se alarga más de dos horas, llámame, que así cumplo y me largo... Sí, claro. Besos. *Ciao*... Oye, perdona, ¿puedes cambiar esta canción? Me pone dolor de cabeza.

—Claro —mascullo antes de apartar mi mano derecha del volante para pulsar el botón de siguiente canción que aparece en la pantalla de mi móvil. He puesto una lista de pop internacional a petición expresa de mi jefa, pero la señorita *influencer* no parece conforme.

—Esta tampoco me gusta —me indica. Si miro por el retrovisor, veo que está señalando el móvil (*mi móvil*) con su índice—. ¿Puedes poner alguna en concreto?

«Claro. Espera, que ahora mismo quito las manos del volante para poner tu puta canción y nos estrellamos. Seguro que duele menos».

—Estoy conduciendo, señorita Cebes. Pero puedo pasar la canción si lo desea.

—Pues sí, me encantaría.

Su voz me saca de quicio, lo juro. Así que para que lo vea bien, hago una floritura con la mano antes de poner el dedo sobre el botón y volver a pasar la canción. Intento mantener la mano izquierda fija en el volante y la vista al frente para no estrellarnos (no me pagan lo suficiente como para costearme el médico si nos pegamos la hostia del siglo), pero la derecha la dejo en el botón por si después de los primeros acordes tampoco le gusta.

«A lo mejor la *señorita Cebes* prefiere el *rock* alternativo. Tendría que haber puesto mi lista».

La *influencer* que llevo en la parte de atrás de *mi* coche me dice que pase la canción al menos cinco veces hasta que suena... *Yummy*, de Justin Bieber. ¿En serio? ¿No había otra?

Por cómo tararea por lo bajo y se mueve como si fuese un pulpo fuera del agua, intuyo que le encanta, así que vuelvo a poner la mano en el volante.

«No me pagan lo suficiente».

Dado que soy becaria de fotografía (aunque mis funciones son las de auxiliar), no; no cobro lo necesario. Se tiende a pensar que lo que se paga a los becarios es la experiencia, por lo que la remuneración pasa a ser una especie de obra caritativa. Casi lo parece por la suma tan ridícula que supone para mi cuenta bancaria, pero encima me tengo que conformar, porque encontrar un trabajo en el gremio es complicado, muy complicado. Así que me toca tragar mucha mierda si quiero un puesto fijo. Y sí, esa mierda incluye hacer de chófer para los *influencers* del momento que posan para mi jefa.

Por raro que parezca, la castaña que tengo detrás cantando una canción horrible de la peor forma posible, también pertenece a ese selecto grupo al que tanto asco le estoy cogiendo. Se llama Elena Cebes y es una *influencer* de fama mundial. La verdad es que su historia me hizo gracia, porque me pareció ridícula. Se supone que la chavala estuvo viviendo en España una temporada y grabó un vídeo comiéndose un kilo de un alimento llamado percebes —que se parecen bastante a micropenes con uña al final. Sí, lo busqué— en cinco minutos. Subió su gran hazaña a Youtube bajo el nombre de Elena Cebes y como la chica es guapa y, encima, internacional, el vídeo se hizo viral. De ahí empezó a hacer tutoriales de maquillaje, más vídeos engullendo como una posesa y hasta *hauls* de ropa. Ahora las marcas se la rifan para que se ponga sus prendas, y su visita a Corea no ha sido una excepción: todas las empresas del país la quieren a ella y los restaurantes más prestigiosos ya han hecho una reserva a su nombre.

Hoy, en concreto, tenemos una sesión de fotos para un nuevo modelo de Samsung que se dobla. Sinceramente, ese móvil me da miedo; parece que la pantalla se va a romper en cualquier momento. Y si no es por eso por lo que me genera ese sentimiento, es porque es un claro signo de que estamos retrocediendo en el tiempo, porque pensaba que los móviles de tapa se habían superado. Pero debe ser que no, porque ahí está ella, en la parte trasera de mi coche, con un puto iPhone último modelo, mientras es trasladada al estudio de fotografía por una simple becaria para posar con un móvil que ni siquiera utiliza. Ironías de la vida.

El móvil me da escalofríos, pero si me lo regalasen como a ella, lo usaría, porque el dinero no me sobra.

A ella parece que sí, porque estoy empezando a sospechar que se la suda si nos estrellamos. También es verdad que el coche no es suyo y no le ha costado años poder ahorrar para comprarlo... de segunda mano.

—¿Podrías buscar a Justin Bieber y poner solo su música? Es que es mi *mood* ahora mismo.

«Claro, cómo coño vamos a romper el *mood* de la artista».

—Señorita Cebes, estoy conduciendo —insisto esperando convencerla de una vez, pero su bufido frustrado me dice que no.

—Es que me está dando dolor de cabeza esta *playlist*. Y yo con dolor de cabeza no puedo trabajar, como comprenderás. Me tendrás que llevar a casa.

—Mejor con un ibuprofeno en el cuerpo que en el hospital, ¿no cree?

Me atrevo a mirar por el retrovisor para observar su cara de frustración. Sé que no debería incordiar a una de las personas que me harán cobrar este mes, pero es que me está tocando los ovarios.

—Seguro que has escrito mensajes mientras conducías, escribir «Justin Bieber» es pan comido.

Respiro cinco veces y al final, como quiero que se calle de una puta vez, mantengo firmemente aferrado el volante con la mano izquierda y la derecha la muevo al móvil para buscar al puto Justin Bieber. No tardo mucho, porque lo encuentro yéndome a la canción anterior, y entonces mi querida amiga parece contenta y se pone a tararear. Al fin.

«No sé si prefiero esta tortura o la anterior».

Justin Bieber es una banda sonora de mierda para cualquier cosa, y debería estar declarado en algún sitio que escucharlo solo puede hacer que pasen cosas malas. Romperte los tímpanos, por ejemplo. Si no es con él, con la voz de la gente que lo corea, como la que llevo en el coche.

Por eso no debería extrañarme que su voz esté atrayendo, irremediablemente, los peores escenarios posibles en la travesía de apenas veinte minutos hasta mi lugar de trabajo. Y, sin embargo, cuando pego un frenazo porque veo un coche venir de frente en dirección al mío, me doy el susto de mi vida.

Siempre he pensado que en un momento cercano a la muerte mi vida pasaría ante mis ojos como en las películas. Las imágenes sucediéndose a toda hostia con una música muy dramática pero relajante para poder morirme en paz. Pero ahora no hay imágenes, porque lo único que veo es el morro de un Mercedes acercándose a cámara lenta sin poder hacer nada. De banda sonora lo mejor de lo mejor: Justin Bieber.

«Fantástico, voy a morir con una *influencer* en la parte de atrás de mi coche mientras un Mercedes hace un sándwich con mi pequeño Hyundai. Qué bien».

Cierro los ojos porque prefiero no verlo, aunque sí que lo siento. Mi coche desplazarse ligeramente, mi cuerpo moviéndose por el impacto y el sonido del metal abollándose por encima de la voz del canadiense.

Cuando levanto los párpados espero encontrarme sangre, tener un hierro clavado en alguna parte del cuerpo o no poder

moverme porque me he roto el cuello. Pero claro, solo estoy exagerando, porque yo he frenado a tiempo y el conductor del otro coche no podía ir a más de treinta por hora. Repaso mi cuerpo, que parece estar en perfectas condiciones, antes de clavar la mirada al frente, en el coche que se ha quedado detenido de medio lado en todo el centro de la carretera. Lo conduce un chico que parece tan confundido como yo. Aunque, qué coño, ¿por qué debería estar confundido si es él quien ha metido el morro en mi carril y el que casi me mata?

—¿Por qué nos paramos? Tengo prisa.

La voz de Cebes me saca de mis casillas más de lo que ya estoy, porque solo ver al chaval saliendo del coche para analizar el destrozo me enciende como una cerilla. Así que, sin medir mucho mis movimientos ni mi estado de salud, salgo del coche a toda hostia para encararle.

—De qué coño vas, ¿eh? ¡¿No has visto que ibas en puta dirección contraria o qué?!

—P-perdón, es que había un coche en doble fila y he intentado rebasarlo, pero...

—¡Pues haber mirado si venía un coche de frente! ¿Dónde te han dado el carnet? ¿Lo has conseguido en una puta caja de cereales o qué?

—Oye, tranquila —me dice el chaval, alzando los brazos en son de paz para que haga lo que me ha pedido—. Ha sido un error y no me voy a escapar, así que ahora hacemos el parte y...

Los coches que hay detrás de los nuestros se ponen nerviosos y empiezan a pitar. Hay pocas cosas en el mundo que

soporte menos que ese sonido estridente. Creo que es porque mi cerebro lo ha asociado de inmediato a que yo solo pulso el claxon cuando estoy de muy muy mala hostia... así que me pongo todavía peor.

—Ya, un error. Seguro que alguien como tú se puede permitir tener esa clase de errores, pero es que no quiero ni mirar cómo ha quedado mi coche. Y seguro que el tuyo ha quedado impecable.

—Bueno, pues...

Sus ojos dejan de observarme y se posan sobre los morros de nuestros vehículos. No sé en qué momento me ha parecido buena idea seguir su mirada, porque... me hundo.

«Más le vale pagármelo».

Su coche, como bien he indicado, tiene el morro como si aquí no hubiese pasado nada, pero el mío... No puedo decir lo mismo. Supongo que es la calidad de los materiales, que hace que mi vehículo parezca mantequilla derretida en la parte que ha tocado el suyo: un faro (que son caros de cojones, encima) y parte del parachoques.

—No me jodas...

—Estás montando un drama. Si quieres dejamos de perder el tiempo, rellenamos el parte y arreglado.

—¿Arreglado?! ¡Si ni siquiera me has pedido perdón, imbécil! Y mira cómo está mi coche; míralo. ¿Cómo voy a ir a trabajar con él así? ¿Me lo explicas?

—Te he pedido perdón. En cuanto he bajado del coche. Y se puede conducir perfectamente de día sin un faro.

¿En serio? ¿Encima se da aires?

—Ah, ¿ahora vas de chulito?

—¿Quieres hacer el parte ya? Tengo prisa.

—Ya, y yo, pero adivina qué: me has reventado el coche.

El moreno se pasa la lengua por el interior del carrillo y desconozco la razón, porque no le conozco de nada, pero me saca de quicio.

—Haekim, tengo una agenda muy apretada y si no te pones en marcha de inmediato no voy a poder hacer la sesión de fotos.

Me giro de golpe, echando fuego por las orejas (y quizá por los ojos y la piel en general) ante el otro incordio que se me ha presentado esta mañana. Por cómo recula, creo que se da cuenta de que no está el horno para bollos.

—Me llamo Haerin, y vas a venir a la puta sesión. ¿O acaso no ves que acabamos de tener un accidente?

La chavala será famosa, pero muchas luces no tiene, porque entonces levanta la vista del móvil para observar el desastre.

—Oh... Bueno, ponte en marcha, se puede conducir así.

«La mato».

—Métete en el coche, que en cuanto haga el parte me pongo en marcha —espeto con más cabreo del que debería mostrar, pero ella parece no darse cuenta.

—Ah, ¿ya te has cansado? ¿Vamos a firmar los papeles ya?

—¿Y tú? ¿Piensas pedirme perdón?

El imbécil pone los ojos en blanco. Supongo que porque ha dicho que me ha pedido perdón. Pero si la otra persona no lo escucha, no vale. Y yo no lo he escuchado.

—Voy a asumir la culpa, eso es suficiente —dice antes de abrir la puerta del asiento del conductor, meter medio cuerpo en el vehículo y sacar una carpeta con papeles.

—No es suficiente. Cuando haces algo mal se pide perdón, ¿lo sabes? ¿O tampoco te han educado?

—Es que ya te lo he dicho —insiste, pero como ve que no reculo, lo suelta—: Perdón, ¿contenta? —pregunta, tendiéndome la carpeta con un boli. En la parte izquierda está su información del seguro a nombre de un tal Jung Juwon. Me lo grabo a fuego para ponerlo en mi lista negra antes de empezar a rellenar la siguiente parte con mis datos. Por suerte, tengo una nota en el móvil con el numerito del seguro del coche, porque no me apetece abandonar mi posición por si huye, así que lo relleno en tiempo récord antes de tenderle el papel.

—No estoy contenta. No lo voy a estar hasta que esté arreglado el coche. Y como me haya dado un puto latigazo cervical por tu culpa, llamaré para que me costeéis el médico.

El chico se queda con los ojos abiertos de par en par, sin creerse lo que le estoy diciendo, antes de sonreír de medio lado. Coge la carpeta que le tiendo y, tal y como he hecho yo, lee el papel con atención, rellena los últimos campos, firma y me da una copia antes de guardarse la suya en la *bomber* negra que lleva. Yo doblo la mía para meterla en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Pides mucho, ¿no? Iba a menos de treinta por hora; no te va a dar un latigazo cervical.

—Vaya: kamikaze, chulo y ahora médico. ¿Qué más debo incluir en tu currículum? Para pasárselo al seguro, digo.

También le debe hacer gracia el comentario, porque sonrío antes de sacar el móvil del otro bolsillo de su chaqueta y mirar la hora.

«Vaya, que el señorito tenía prisa. Es verdad».

—Tú solo pasa lo que tengas que pasar para arreglar el coche y ya está. Adiós.

Y tal y como se ha estrellado contra mi coche, coge y se pira. Es decir: con violencia y velocidad, por mucho que diga que no. Como a mí tampoco me sobra el tiempo, después de observar que el coche puede llegar al menos hasta el estudio, me monto en el asiento del conductor y arranco para meter un poco el turbo y llegar a la hora prevista. Porque, por si no me he dado cuenta de que he perdido un tiempo valiosísimo, ahí está la emi-nencia de Elena Cebes para recordármelo.

—A las doce tengo un compromiso, así que el tiempo que lleguemos tarde lo descontaré de la sesión —anuncia—. Y, por favor, vuelve a poner la lista de Justin Bieber. Estas cosas me dan dolor de cabeza.

«Más me das tú y no me quejo».



—¡Haerin! ¡Veinte minutos tarde! Te dije puntualidad; Elena es muy estricta con el tiempo, sabes que tiene muchos compromi-sos en la temporada que va a estar aquí.

A mi jefa parece importarle una mierda que haya venido con la lengua fuera, la *influencer* sana y salva y, encima, con el fondo blanco que me ha pedido del almacén.

—Lo siento, Bora. Un imbécil se ha estrellado contra mi coche y he tenido que parar a hacer el parte. Si quieres te enseño...

Mi jefa me mira frunciendo los labios antes de chasquear la lengua en un gesto que me conozco de memoria. Vendría a ser un equivalente a: «¿Qué hacemos hoy con Haerin?». Normalmente no llego tarde ni soy tan desgraciada como para que la gente me reviente el coche, pero sí que es verdad que, aunque me llevo bien con mi jefa —al menos, lo suficiente como para poder tutearla—, es muy exigente con algunas cosas y no mide bien las cargas de trabajo. Lo que se traduce en que a veces me pide demasiado para lo que cobro y para lo que puedo hacer. Por ejemplo, ir a recoger comida a un restaurante que está a media hora (solo ida) y tardar cuarenta y cinco minutos en llegar al estudio. Y por mucho que le diga que es imposible, debe ser que ella sí que sería capaz de hacerlo, porque pone esa cara todas y cada una de las veces que no alcanzo sus objetivos, aunque sea por dos minutos de diferencia.

Aun así, algo debo de estar haciendo bien (aguantar), porque todavía no me ha echado.

—No es necesario. Le diré a Seojun que se dé prisa con la sesión... ¿Puedes ir a por el almuerzo de Elena? Quiere un poco de pavo y queso fresco.

—¿Pavo y queso fresco? ¿Dónde consigo eso?

—Investiga. Te quiero aquí en... cuarenta minutos.

—Vale —respondo haciendo una reverencia de noventa grados.

Mi jefa se va enseguida, tan deprisa que creo que no me ha visto dejarme la espalda, y yo suspiro cuando me incorporo. El

incordio que he tenido que soportar durante cuarenta minutos (que se me han hecho como tres horas) se coloca en un taburete mientras otro de los becarios del estudio se encarga de poner el fondo blanco que yo he traído. Mi jefa le tiende el dichoso móvil que se dobla y recoge su iPhone para que puedan fingir durante unas horas que le encanta tanto como a mí y que en su vida real no le da dinero a la competencia.

Por desgracia, yo no puedo fingir que me van las cosas tan bien, porque tengo que volver al aparcamiento para encontrarme con mi coche, que tiene el morro destrozado. No recuerdo la norma de tráfico para estos casos, pero probablemente si ven el estado de mi vehículo me pongan una multa. Solo espero que me dé tiempo a conseguir el aperitivo de mi nueva mejor amiga antes de que la policía me pille.

«Fantástica. Mi vida es fantástica».



HOY, EN UN CAPÍTULO MÁS DE MI FANTÁSTICA VIDA: Lee Haerin coge el transporte público para ir a trabajar. ¿Hay algo peor que ir en el metro, rodeada de gente sudada que no sabe toser en su codo? Lo dudo mucho, pero no me queda otra.

Encima, tengo que darle gracias a Dios, al cielo o vete tú a saber a qué porque solo tengo que coger el metro hasta mi trabajo. Porque solo tarde cuarenta minutos. Y tengo que apreciar que venga uno que me deje solo quince minutos antes en la puerta y no treinta. También tengo que agradecer que el otro día la policía no me pillase ni cuando fui a por el almuerzo de mi gran amiga Elena Cebes ni cuando llevé el coche al taller. Y, por supuesto, tengo que estar contenta porque el seguro del imbécil del Mercedes que se estrelló contra mi pequeño sea solvente y vaya a pagar el daño. No tengo un bolsillo lo bastante grande como para costearlo, aunque tampoco tengo la paciencia que requiere que mi coche se haya quedado en el taller por una laaaarga semana.

Mi humor, en consecuencia, es bastante peor que de costumbre. Porque me toca ir caminando hasta la empresa y, una vez allí, tengo que preparar el set para Elena, que vuelve otra vez al estudio para un anuncio de una nueva marca de ramen instantáneo.

—¡Haerin! Ve a por Elena; en cuarenta minutos tiene que estar aquí.

Normalmente, cuando Bora da las órdenes ni siquiera espera a que yo le diga si estoy disponible, si me va a dar tiempo o no. Pero claro, es que hoy tengo la imposibilidad real de ir. Por eso dejo el foco que estaba colocando, esperando que no se mueva mucho, y corro detrás de ella.

—¡Bora! —la llamo, y consigo que se detenga porque el universo se ha puesto de mi parte por una vez en todo el día—. No puedo ir en coche, está en el taller. ¿Recuerdas lo del accidente que te dije...?

Un chasquido de su lengua interrumpe mi frase, y ella mira a su derecha, concretamente al lugar donde el resto de mis compañeros (los que están en mi situación, vaya) están ayudando a montar el set.

—¿Cuánto tiempo tiene que estar en el taller?

—Una semana —digo deprisa, porque al pobre que le toque ir a por la *influencer* del momento, aparte de ir con la hora pegada al culo, le va a tocar sufrir un trayecto con la mejor música de la industria.

—Avísame cuando lo tengas de vuelta. ¡Minho!

—¿Sí, jefa?

—Tienes coche, ¿verdad? —pregunta. Mi compañero asiente rápidamente—. Pues ve a buscar a Elena. Te tocará hacer el trabajo de Haerin, así que dile que te lo explique. Haerin, ya sabes lo que toca.

«Ah, qué bien. Yo tengo que explicarles a los demás, pero los demás no tienen que rendirme cuentas. Soy superútil, sí».

En realidad, no me importa, porque Minho es un chaval que se ha incorporado hace no mucho. Tiene veinte años recién cumplidos y sé que darle mi trabajo es una responsabilidad para él, así que hago lo que puedo y le indico la dirección de la chica a la que tiene que recoger. Como soy una persona de la hostia, le digo hasta la ruta más corta para que llegue a tiempo; ya cuando llegue aquí, le diré a dónde se tiene que ir para coger el almuerzo. Está tan agobiado por su primera misión de verdad en este sitio que no me dice ni qué tengo que hacer yo, aunque lo intuyo. El chaval estaría colocando el atrezo (lo que es bastante fácil), así que termino de arreglar los focos antes de preparar lo que hace falta para la sesión. Alguien ha puesto ya un fondo de ladrillos y en la parte izquierda del estudio veo cómo se apilan algunos muebles de madera, así que voy a cogerlos para colocarlos.

El trabajo en el estudio siempre me pareció más sencillo que salir a hacer los recados de mi jefa, pero no me debería quejar, porque traer a la gente sana y salva aquí es una responsabilidad grande, al fin y al cabo. Aunque con eso no aprendo una mierda, y estando aquí puedo al menos observar el trabajo de los fotógrafos por si algún día alguno se rompe (accidentalmente, por supuesto) una pierna y tengo que reemplazarle.

A veces me pregunto para qué piden experiencia en fotografía si luego no te sirve para nada.

El caso es que como mi trabajo de hoy es preparar el set, se me hace más ameno y el tiempo corre tan deprisa que me parecen cinco minutos en comparación con lo que tardé ayer en traer a la *influencer*. Para Minho, desde luego, no es así. Porque una vez Elena está en su posición, veo la cara de mi compañero, que grita socorro a kilómetros, así que me acerco a él. Todavía le tengo que informar de lo que tiene que hacer a continuación, pero no parece interesado.

—¿Cómo lo soportaste?

—Paciencia —le respondo dándole dos palmaditas en la espalda—. Vas a tener que almacenar muuucha si quieres trabajar aquí y ascender.

—¿También te hizo ponerle a Justin Bieber?

—Efectivamente —admito antes de pescar el móvil de mis vaqueros para buscar la dirección del súper en el que conseguí ayer su comida de calidad—. Ahora tienes que ir a por su almuerzo. Vamos, ayer comió eso y me parece una chica repetitiva, así que seguro que hoy quiere lo mismo. No puedes tener quejas, que te lo voy a dar mascadito.

—¡Minho! —le grita mi jefa desde la distancia.

—¿Me lo va a pedir ya?

—Escucha mis palabras: pavo y queso fresco, búscate la vida.

—Tienes que ir a por el almuerzo de Elena. Come solo pavo y queso fresco, y no me preguntes dónde se consigue. —Bora posa sus ojos sobre Minho el tiempo justo como para decir esa

frase. Un segundo después ya está centrando toda su atención en su niña mimada, también conocida como Elena Cebes. Mi compañero se me queda mirando horrorizado. Yo me encojo de hombros y le envío un mensaje de KakaoTalk para que tenga la dirección del sitio y las marcas concretas de lo que come la chavala.

—Lo tienes en Kakao. Tardas unos veinticinco minutos en total en cogerlo y venir, así que date prisa.

El pobre de Minho se pira corriendo, casi tropezándose con sus propios pies, y yo aprovecho que no tengo que hacer esos recaditos para observar la técnica de los fotógrafos, las poses que piden... Cosas que me interesan.

—¡Haerin! —Los gritos de mi jefa son algo que no se puede eludir, así que giro la cabeza en su dirección de inmediato—. No tenemos palillos. Ve a la tienda de la esquina a por unos.

—¡Enseguida!

Ni sin coche me libro.



Me dejo caer sobre el sofá con dramatismo exagerado. Bueno, eso me diría cualquiera, pero para mí no es exagerado. Después de un día entero de trabajo, al salir tuve que coger el transporte público otra vez, volver a casa, pillar la cámara e irme a una sesión de fotos de un taller de coches de segunda mano. Querían promocionar sus joyitas (es decir, coches que se caen a pedazos) y que pareciesen bastante apetecibles. Si encima me pagaban una

miseria por ello, mejor que mejor. El resumen es que, además de mal remunerada, ahora estoy agotada. No solo por el resto del día, sino también porque he tenido que cargar con el material en el metro, patearme el taller y sacar un montón de fotos. Y aunque ahora solo quiero quedarme donde estoy por al menos dos horas, sé que me tengo que poner a editar para terminar esta noche y entregar las fotos mañana, porque no me va a dar la vida con el trabajo y, por supuesto, teniendo que coger el transporte público un día más.

Una maravilla.

Saco fuerzas de donde no las tengo para levantarme del sofá e ir a darme una ducha. Como mi MacBook está un poco viejo le cuesta arrancar, así que lo enciendo para que cuando salga esté listo para funcionar.

No tardo mucho en la ducha, aunque si fuese por mí me habría dado un baño relajante de tres horas, pero eso me quitaría más tiempo del que dispongo, así que en diez minutos estoy fuera, con la toalla enrollada al pelo y vestida con un chándal que uso para estar por casa. Cargo las imágenes en mi portátil y me pongo a editar enseguida. Las fotos no son malas porque no soy mala fotógrafa, pero los coches dan bastante pena. Y como me han dado algunas indicaciones, acabo gastando más tiempo en editar una foto de lo que he tardado en sacarlas todas. Quitar desperfectos, subir el brillo, el contraste y la saturación... En definitiva, un trabajo profesional por una mierda de dinero.

—Debes tener el pelo más seco que la paja ya.

Pego un bote y cojo la botella de metal que tengo al lado del ordenador para apuntar a la persona que me ha interrumpido. Por su culpa, el pincel que estaba usando para retocar un cacho de capó se ha ido a tomar por culo y me ha jodido la foto.

También es que soy un poco tonta, porque estaba claro quién iba a ser; no vivo con nadie más. Pero estaba tan concentrada que no se me ha ocurrido que pudiera estar ya en casa.

—Namoo, ¿qué te he dicho de interrumpirme mientras trabajo?

—¿Y qué te he dicho yo de que te seques el pelo antes de ponerte a trabajar?

—Está secándose. ¿No lo ves?

—No te quejes luego si no eres capaz de peinarte; te he escuchado ya demasiadas veces.

—¡Oye! —exclamo. Aunque lleva razón; Namoo siempre la lleva—. ¿Vienes de la editorial?

Me levanto de mi sitio, porque se me ha quedado el culo un poco pegado, y aprovecho para seguirle por el piso hasta su habitación. Me quito la toalla y, cuando lo hago, Namoo me mira y se ríe. Vamos, que mi pelo es un nido de pájaros. Maravilloso.

—Sí. Les han encantado las fotos.

—¿Me van a pagar?

—Lo suficiente para que vayas a una peluquería.

—Imbécil. —Le tiro la toalla que tengo en las manos y Namoo la evita como puede—. Ahora me arreglo el pelo. ¿Y el libro? ¿Cuándo sale?

—En dos meses.

—Qué asco, vas a tener éxito antes que yo —me quejo, dándome la vuelta para ir al baño e intentar alisarme el pelo. Está peor de lo que pensaba, porque tiene la forma en la que tenía la toalla enrollada y... Bueno, sin comentarios.

Enciendo el secador para intentar estabilizar con el peine el desastre antes de plancharlo y cuando estoy acabando, Namoo se planta en la puerta del baño. Está hablando, pero no le oigo, así que tengo que apagar el aparato. Como ya tengo el pelo un poco decente, aprovecho para coger las planchas.

—¿Qué? —pregunto.

—Que acaba de llamar Minying; que sube, dice.

—Ah, bien. ¿Sube? ¿Hoy no tenía turno en el hospital?

—Yo qué sé. Es tu amiga, no la mía.

—Pues con el tiempo que pasa aquí ya podría ser la tuya también. Asocial, que eres un asocial.

—Soy tu amigo, ¿no? Eso me hace ser una persona sociable, porque con lo difícil que eres...

—Tú sí que eres difícil, cerebritito. ¿Quieres que te tire la plancha?

—No, gracias. Voy a escribir el próximo *best seller*, si me disculpas.

Namoo se va y yo sigo planchándome el pelo con una sonrisa en los labios. Casi siempre parece que nos llevamos a matar, pero es broma. Somos amigos desde hace bastante tiempo y todavía no nos hemos matado. Ni siquiera en dos años de convivencia, lo que me parece tiempo suficiente para querer asesinar a alguien por motivos tan tontos como que deje el lavabo lleno

de pasta de dientes. Pero yo soporto sus manías, él las mías y si algo nos molesta nos lo decimos, así que supongo que somos buenos compañeros de piso. Aunque, siendo sincera, cuando le conocí jamás lo habría pensado.

Namoo llevaba un blog sobre literatura antes de dedicarse a ser autor a tiempo completo, y como le debía de sobrar la pasta, un día me contrató para que hiciera fotos para su blog. Me contactó por Instagram porque había descubierto mi trabajo, me dijo que le encantaba y que me pagaba a cambio de ir con él a un evento como fotógrafa. No indagué mucho ni me hice la remolona, la verdad; era un curro que me venía muy bien.

El día que quedamos, Namoo no habló mucho. Intenté tirarle de la lengua porque me pareció un chico tímido y, por algún motivo, siempre me vuelvo más charlatana con ese tipo de personas. Esperaba que eso le hiciese soltarse, pero para nada. En cuanto empezó la presentación del libro, Namoo dejó de prestarme la (poca) atención que me dedicaba y se centró en el moderador y lo que decía. Yo hice mis fotos, se las pasé ese mismo día (soy una chica comprometidísima si hay dinero de por medio) y pensé que ese iba a ser nuestro último contacto. Pero no fue así, claro.

Namoo me llamó para varios eventos más y me pagó por todos y cada uno de ellos. Cada día hablábamos más antes de las charlas y también después por Kakao. Así que cuando un día me dijo que necesitaba un compañero de piso, fui la primera voluntaria. Estaba deseando salir de casa de mis padres y, encima, Namoo se ofreció a pagar el setenta por ciento del piso. ¿Quién se iba a negar a eso? Yo desde luego que no.

Aunque mi plan inicial era mudarme con la chica que asoma su cabeza por la puerta del baño.

—¡Rinnie! —me grita.

—¡Minnie! —la imito antes de soltar la plancha—. ¿A qué viene tu visita? ¿Te ha vuelto a echar tu compañera de piso?

—Vaya, qué audaz eres —dice con cierto cabreo—. Solo lo hace cinco de siete noches a la semana para poder follar a gusto, no sabía que te ibas a dar cuenta tan rápido.

—No vienes todas aquí —respondo encogiéndome de hombros—. ¿Anoche dormiste en tu piso?

—Pueees no, evidentemente. Por suerte tengo una vida sexual activa. Tú deberías probar, ya sabes.

—Ya estamos...

—No te presiono —dice alzando los brazos—. Cada uno tiene su momento de descubrimiento. Pero ya que sacas el tema, quería hablar contigo sobre una cosita relacionada con mi fantástica vida sexual. Te hubiese escrito, pero como iba a venir igual... ¿Has terminado de currar?

—Me queda una foto, luego me encargo. Venga, dime.

Me acomodo en el sofá y palmeo el hueco a mi izquierda para que se ponga ahí y mi amiga, que es mucho más señorita que yo, se sienta con las piernas cruzadas y los pies en el suelo como si fuese el sofá de un extraño —y no uno en el que duerme más que en su colchón— y tuviese miedo de ensuciarlo. No sé por qué, si está claro por mi postura india que a mí me importa poco.

—El nuevo tío que me he ligado. Bueno, que le veo aproximadamente una vez por semana.

—¿Desde hace cuánto? —pregunto.

—Un mes.

—O sea que tienes algo con él.

Minnie, antes de esta etapa de «me follo a cualquiera que me parezca que tiene buena pinta», era de relaciones largas. Hasta que la jodieron pero bien. Su ex le puso los cuernos no una ni dos, sino tres veces. Y ella se las comió toditas hasta que explotó y... bueno, no sé si ha sido la mejor forma, pero al menos parece feliz. Es decir, antes se follaba a un tío cada noche, ahora ha rebajado el ritmo y el mismo le puede durar una semana. Si a este lleva viéndole un mes es que hay algo, aunque no lo vaya a admitir.

—Algo de sexo, sí —dice. No es que no me esperase algún comentario del estilo—. En fin, que ahora a veces hasta hablamos después del coito.

—Coito, qué fina te has vuelto —suelto.

—Calla, que era por darme aires y que pareciese algo más que folleteo. En fin, que después de acostarnos a veces hablamos y... me ha dicho que estaba buscando un fotógrafo.

—Ah, bien. ¿Para?

—Sacarle fotos a él y al coche. Es piloto.

—¿De qué? ¿Fórmula 1? ¿Dakar?

—Ni puta idea. Hablamos poco, ya te digo —responde, poniéndose cómoda en el sofá—. Pero bueno, le hablé de ti, así que... ¿Qué me dices?

—No me has dicho nada, así que no sé qué tengo que decirte.

—Que si aceptas sacarle las fotos —responde después de rodar los ojos. No sé si es que se le olvida cómo soy, o que todavía

tiene esperanzas puestas en mí—. Te pasaría su Instagram para que os pongáis en contacto. Pero dime si aceptas, porque iría contigo a sacarlas y así le veo.

—Ajam... ¿Me va a pagar?

—Supongo, buscaba a un profesional. Pero eso háblalo con él y así le dices tus honorarios y esas cosas. ¿Aceptas?

—No me sobra la pasta, así que pásame el contacto y veo si me compensa.

—Te compensa aunque te pague mil wones¹.

—Vaya, qué gran amiga estás hecha —le reprocho.

—Una amiga realista y que te acaba de conseguir un trabajo. De nada.

—Gracias —admito con pesadez—. ¿Pero es algo habitual o esporádico?

—Te he dicho que lo hables con él.

—¡Es tu novio!

—Que no es mi novio, solo me lo follo —insiste la muy pesada. Ambas sabemos que no es eso lo único que pasa, pero bueno, si quiere vivir en la ignorancia... Entonces Minnie saca el móvil de su bolsillo y, por el rabillo del ojo, veo como abre Instagram para buscarle.

—Por cierto, ¿no tenías turno de noche en el hospital?

—Se lo cambié a otro enfermero que necesitaba la mañana libre —dice, tecleando a toda pastilla—. Así ya aprovechaba para racanearte casa.

—Díselo a Namoo, este piso es más suyo que mío.

1 Moneda de curso legal de Corea del Sur. Mil wones equivalen a 0,69 euros aproximadamente.

—A Namoo no le importa —dice haciendo un gesto con la mano.

—Si no es tu amigo.

—Pero es tuyo. Y tus amigos son mis amigos —responde superconvencida. Minnie suele ser una persona bastante más extrovertida que yo, así que en realidad no se lleva mal con Namoo. Pero tampoco son *besties*, precisamente por eso, porque creo que a Namoo ese tipo de gente no le inspira confianza, aunque mi amiga sea buena gente y él lo sepa.

En fin, algún día lo superará.

—¿No encuentras el Instagram de tu novio o qué?

—Que no es mi novio —insiste—. Le estaba mandando un mensaje con el tuyo para que no piense que eres una acosadora o algo parecido.

—¡Oye!

—Tiene fans, chica, a mí no me eches la culpa —responde—. Se llama Han barra baja Slog barra baja i griega.

—Espera, espera —la paro mientras cojo mi móvil para buscarle en la red social. Mi amiga, cuando ve que lo tengo en las manos, repite sus indicaciones. Le empiezo a seguir en su perfil (que tiene público) en cuanto le encuentro, pero antes de hablarle le cotilleo un poco. Tiene algo con mi amiga, es mi responsabilidad moral—. ¿Es este tío? Si tiene cara de mierda.

—¿De qué vas, eh? ¿De qué vas? —responde Minnie, y me sujeta del cuello como si me fuese a ahorcar. Yo le doy golpecitos en la mano, ella para y vuelve a su postura recatada. Es una de las cosas que más me fascinan de ella: que puede ser la hija modelo

que todo padre quisiera tener... y al segundo siguiente le pego mi tontería y se vuelve loca—. Es muy sexy.

—Bueno, esas piernas...

—Yo no me fijo en esas cosas. Eres tú la que tiene una obsesión con las piernas de los tíos, por eso eres tan exigente —dice, como si la hubiese ofendido a ella misma con mis palabras.

—Ya, claro... ¿Le puedo hablar ya?

—Claro. Eres tú la que estaba cotilleando.

Pongo los ojos en blanco y, cuando abro el chat, noto la mirada de mi amiga clavada en la pantalla, observando qué es lo que estoy poniendo. Y no tiene nada con él más que sexo, claro.

—¿Cómo se llama? ¿Slog? —pregunto, dándome cuenta de que eso es todo lo que se intuye de su nombre en el perfil.

—Es como le llama todo el mundo, sí.

—Vale.

Hola Slog. Soy Lee Haerin, la amiga fotógrafa de Minnie, la chica a la que te tiras. He visto que tienes unas fotos bastante malas en tu perfil, necesitas mi ayuda? Solo acepto si me pagan

—Podrías haber sido un poco más sutil —se queja Minnie dándome un puñetazo en el hombro.

—He sido clara y seguro que lo agradece. Mira, ya está escribiendo.

SLOG

¿Sí cuánto pides?

—Hostia, que me da carta blanca —le digo a mi amiga con los ojos como platos.

Lo suficiente como para pagarme un chalet en Busan

—Tía, que es serio.

—Ya, y yo también voy en serio: si cuela, cuela.

La verdad es que esperaba una especie de risa o algo así, pero el tío no parece muy amable. ¿Con este tío está Minnie ahora?

SLOG

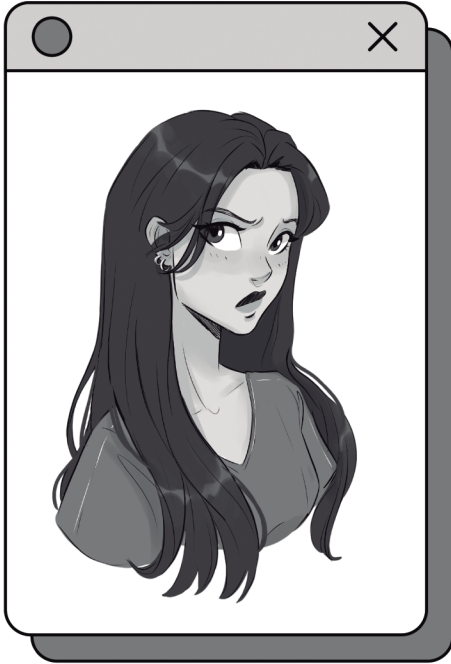
Puedo ofrecerte 200.000 wones por cada día que vengas

Casi se me cae la mandíbula al suelo. Realmente no esperaba más de cincuenta mil². Como muchísimo.

Vale acepto. Dónde y cuándo?

200.000 wones = 138 euros aproximadamente.

2. Unos 34 euros.



LEE HAERIN

EDAD: 25

ALTURA: 1.60 M

FOTÓGRAFA

